

# Pregón 2005

*Texto extraído del Pregón que pronunció Eduardo Lorenzo Pigueiras para la Semana Santa de Viveiro del año 2005*

Queridos vecinos y visitantes de Viveiro, autoridades todas:

Me crié en la Pescadería y precisamente enfrente de la iglesia de S. Francisco que era, y todavía es, un lugar privilegiado para observar la Semana Santa, porque allí tiene lugar una buena parte del ajetreo que conlleva el montar y desmontar alguna de las procesiones más importantes.

Para los niños de Viveiro la Semana Santa constituía una ocasión extraordinaria de la vida, al menos, por dos razones. La primera porque no había que ir a la escuela, de forma que quedaba mucho tiempo para jugar. Y la segunda por el asombro que provocaban en nosotros las procesiones. A los ojos de los niños los héroes absolutos de aquella película eran, sin duda, los costaleros. Los niños pensábamos que los pasos, con todas esas estatuas tan grandes y esas varas tan largas y gruesas, debían pesar muchísimo; imaginábamos que los hombres que podían con aquel peso tan tremendo debían ser fortísimos; y deseábamos llegar algún día a ser tan fuertes como ellos.

Afortunadamente, tal día también llegó para mí; y pude disfrutar de una honrosa trayectoria como costalero. Me inicié, gracias a las gestiones de un buen amigo, en los primeros años de la década de los 70, llevando el Cristo de la Agonía, de cuya colla formé parte durante 7 u 8 años. Por aquel entonces, este Cristo salía en un anda para el sólo tanto el Miércoles Santo, en el Vía Crucis de Hombres, como el Viernes Santo, en la procesión de la Pasión, más conocida como la de la Piedad. Uno de esos años pude disfrutar incluso de un puesto en el anda de la Dolorosa de los Caladitos. Los puestos de éste anda siempre están muy solicitados, porque el honor de llevar a esta Virgen es algo así como la máxima aspiración de un costalero de la iglesia de San Francisco. Y supongo que algo parecido debe ocurrir con la Virgen de la Soledad de la procesión



**Eduardo Lorenzo Pigueiras**  
*Pregonero año 2005*

del Santo Entierro, para los costaleros de la iglesia de Santa María.

En el año 1975, el Cristo de la Agonía dejó de salir a hombros en la procesión de la noche del Viernes Santo. Integrado con los dos ladrones, María Magdalena, San Juan y la Virgen en el espectacular paso del Calvario, también llamado de Las Siete Palabras, pasó a ser llevado en un anda de ruedas, lo que me dejó libre para participar en otras collas del Viernes Santo. Así pude llevar en alguna ocasión los pasos de La Piedad, La Cruz Desnuda y el Cristo dos de Fora, con el que en 1990 decidí terminar con mis hazañas de costalero, simplemente porque la cantidad de solicitudes era de tal calibre que íbamos dos personas para cada puesto y, para dar satisfacción a todos, nos relevamos a media procesión. La situación de acompañante de costalero no casaba bien con aquella idea de la infancia de hombres fortísimos

que podían con pasos tremendos; así que decidí pasar esa página de mi vida y convertirme en simple mirón de procesiones, que es lo que vengo practicando desde entonces.

El paso por el mundillo de los costaleros me sirvió para aprender, al menos, dos cosas. La primera fue que lo de llevar un paso no es para tanto como imaginan los niños. Cierto es que algunas veces el hombro termina un poco dolorido, pero eso se debe más a la falta de costumbre que al rigor real del esfuerzo físico; así que no creo que llevar un paso pueda considerarse como un verdadero sacrificio. Por el contrario, a mi me parece que es más bien un lujo. Y la razón es que, en general, la vida tiende a ser escasa en situaciones extraordinarias, de tal forma que el fantasma del aburrimiento siempre está al acecho. Integrarse en una colla de costaleros es una forma de romper la monotonía. Y es, además, una forma sana de saborear el agrado que siempre proporciona el sentimiento de participar en una tarea colectiva, que en este caso lo es por partida doble: el costalero se siente partícipe en la tarea concreta de llevar su paso, y también se siente partícipe en la tarea más general de sacar adelante la Semana Santa de su pueblo que, en el caso de

Vivero es, y con creces, el acontecimiento colectivo que marca más diferencias con respecto a los otros pueblos de la comarca.

La segunda cosa que aprendí fue que no eran todos los niños de Vivero los que conservaban al crecer aquel deseo infantil de hacerse costaleros. Los había que no estaban dispuestos a llevar los pasos si no era cobrando, e incluso los había que no estaban dispuestos ni siquiera cobrando. Y por esa falta de disposición, hubo años en los que algunos pasos estuvieron muy cerca de quedarse sin su pasacalle. En mi propia experiencia de costalero está el haber participado en collas mixtas, en las que algunos voluntarios compartíamos vara con otros que cobraban. Y también está el haber participado en alguna colla que, además de mixta, era disminuida, de forma que el paso salió a la calle no sólo con menor disposición, sino también con menos hombros de los que correspondía.

Afortunadamente, las ocasiones como estas han quedado relegadas al pasado, y hoy las cofradías no tienen dificultades para reunir collas numerosas de voluntarios bien dispuestos, de tal manera que en los últimos años está siendo tanta



FOTOGRAFÍA: JOSÉ MANUEL PALEO FERNÁNDEZ

la energía disponible que estamos asistiendo a lo que casi puede calificarse como una revolución en el arte de llevar las andas en la Semana Santa de Vivero. Por un lado, hay nuevas andas como la impresionante del Calvario, con sus 102 costaleros, la más modesta del Cristo dos de Fora, y la del "Via Lucis", que se estrena este año en la tarde noche del Domingo de Resurrección. Por otro, se hacen vistosas exhibiciones como subir las andas a la altura de la cabeza o conducir las marcha atrás. Y, más relevante que ninguna otra cosa, las mujeres han entrado por la puerta grande en el mundillo de los costaleros.

Como toda revolución, esta también tiene sus partidarios y sus detractores. Y así, mientras unos gustan de ver bailar a los santos y piensan que la mayor vistosidad contribuye al engrandecimiento de la Semana Santa, otros dicen que tales exhibiciones son poco acordes con el recogimiento que conviene a la rememoración de la Pasión y muerte de Cristo.

Para resolver en esta controversia, pienso que conviene considerar que los ritos de las procesiones de la Semana Santa en general, y los de Vivero no son una excepción, se han caracterizado desde siempre porque su protagonista principal es la sociedad civil y, en consecuencia, estos ritos tienden a reflejar de alguna manera la estructura y las formas de vida del pueblo en el que se celebran.

Aunque sea excesivamente simplista, en la Semana Santa de Vivero cabe distinguir entre las procesiones tradicionales, que son la del Ecce Homo de los franceses, la de la última Cena y la del Santo Entierro, y que vienen celebrándose desde antes del siglo XX; y las procesiones modernas, que son la de la Borriquita, la del Vía Crucis de los hombres, la del Prendimiento y la de la Piedad, que vienen celebrándose desde los años cincuenta. Las tres últimas salen a la calle en las noches del miércoles, del jueves y del viernes santo, respectivamente.

No deja de ser interesante observar que las primeras tienen su origen en un tiempo en el que no había luz eléctrica en Vivero; así que las procesiones debían salir a la calle durante las horas del día, como todavía lo hacen hoy, con la excepción de la de los Caladiños, que recurre a unas impresionantes filas de velas para vencer la oscuridad de la noche. Estas

procesiones tradicionales requieren en general de pocos costaleros, que las corporaciones gremiales asociadas a su organización nunca han tenido demasiadas dificultades en proporcionar. Las familias de raigambre entre los marineros de San Francisco y los artesanos de Santa María siempre se han bastado y sobrado para proporcionar los hombros que cargan con las andas de estas procesiones.

Pero cuando en los años cincuenta las corporaciones asociadas a los gremios de los servicios, principalmente del comercio, decidieron embarcarse en la aventura de sacar a la calle nuevos pasos, que requerían un número mucho mayor de costaleros, las cosas tomaron un cariz diferente. No había entre los comerciantes hombros suficientes para la tarea y tuvieron que recurrir a reclutarlos en otros sectores de la sociedad vivariense. Y ocurría que por aquel entonces las diferencias entre comerciantes y marineros eran muy marcadas. Si se me permite un símil geográfico, podría decir que Pénjamo estaba entonces muy lejos de la calle de abajo. Para quienes vivían en Pénjamo, cargar con pesos al hombro no sólo no representaba una circunstancia extraordinaria en sus vidas, sino que esa lejanía con la calle de abajo hacía que la perspectiva de llevar las andas de los modernos pasos no les entusiasmase como forma de participar en la vida del pueblo; así que el reclutamiento hubo de hacerse con dinero de por medio.

Después, y afortunadamente, Pénjamo y la calle de abajo se fueron acercando, fueron mermando las diferencias en el sentir de marineros y comerciantes y, con ello, los modernos pasos de la Semana Santa de Vivero fueron entendidos no como los pasos de unos o los pasos de otros sino como los pasos de todos. Y entonces ya no hubo más necesidad de pagar a los costaleros. Meter el hombro debajo de las andas modernas se ha convertido hoy en una forma de participar en lo que todos sienten sencillamente como Vivero.

Yo también quiero dedicar aquí mi pequeño homenaje a los levadores y levadoras de la Semana Santa, y lo haré intentando explicar porque meter el hombro debajo de un anda es equivalente a sentir al propio pueblo.



La razón estriba en que los pueblos, como las personas, buscan siempre elementos específicos que les permitan expresar su identidad colectiva. Dicho con palabras más llanas, nadie quiere aparecer como una simple fotocopia del vecino, y por eso todos procuramos vestimos con alguna prenda diferente de las que lleva él. Pues bien, a mi entender, las procesiones de la Semana Santa de Vivero sirven, en buena medida, de prenda que permite a este pueblo expresar su identidad y diferenciarse de otros.

Y es buen momento para decir que si las andas modernas tienden a bailar, a subir a las manos y a caminar hacia delante y hacia atrás es simplemente porque expresan una identidad que es esencialmente alegre. Y quiero insistir en que esta alegría puede ser, y de hecho lo es, absolutamente respetuosa con el sentir de quienes escogen vivir la Semana Santa como un tiempo de recogimiento espiritual.

Abundando en este mismo orden de cosas, las distinciones entre los ritos tradicionales y los ritos modernos de la Semana Santa de Vivero, lejos de limitarse al sentir de los costaleros, se extienden, a mi parecer, al sentir del público en general. El Sermón

de las siete palabras puede servir de ejemplo de lo que quiero decir, por lo que tiene de paradigma de ejercicio espiritual. Muchos de los aquí presente recordarán cuando este rito se celebraba en la Plaza Mayor, atestada de un público que asistía atento y en silencio a sermones de casi dos horas de duración. No creo que descubra nada nuevo al decir que hoy la asistencia a este rito religioso se ha reducido mucho, y ello a pesar de que el sermón no sólo se ha acortado sino que además se ha adornado con magníficas actuaciones de la Coral. Por el contrario, la asistencia a las vistosas procesiones modernas es cada vez mayor. Y, al igual que ya dije para las nuevas formas de llevar las andas, este desplazamiento de la concurrencia, desde los ritos más espirituales hacia los ritos más vistosos, es percibido por algunos como positivo y por otros como negativo.

A mí lo que se me ocurre pensar sobre este cambio empieza por reconocer que en todos los tiempos la vida tiene mucho de incierto, y que en la incertidumbre siempre resulta difícil encontrar esperanza. En el pasado, cuando las circunstancias se tornaban muy duras, por ejemplo, por ocasión



FOTOGRAFÍA: JOSÉ LUIS MOAR RIVERA

de enfermedad o de tormentas en la mar, pocas cosas más que la fe religiosa y la devoción podían ofrecer esperanza. Hoy, sin embargo, la mejora general de las condiciones materiales de la vida ofrece otros instrumentos a los que recurrir en esas ocasiones. Los avances de la medicina y los medios de seguridad en la mar son aplicables a los ejemplos anteriores.

El reciente caso del pesquero “Siempre Cansina” es un crudo ejemplo de que estos avances de las técnicas no pueden evitar del todo que la mar siga cobrando en vidas de vez en cuando. Pero aun asumiendo que las cuotas de desgracia y de dolor no puedan desaparecer por completo, es evidente que se han reducido mucho respecto a tiempos pasados. Episodios como el naufragio de la fragata Magdalena y el bergantín Palomo, que en noviembre de 1810 dejaron más de 500 muertos en la playa de Covas; o la galerna de julio de 1961, que dejó más de treinta muertos entre los marineros de Cillero, son hoy mucho menos probables.

Así que puedo entender, sin ver en ello nada de negativo, que con la mejora de las condiciones de vida haya disminuido la motivación por asistir al

Sermón de las siete palabras, y que a las procesiones modernas de la Semana Santa de Vivero no se asista con la misma devoción que se asistía a las antiguas. Y quiero insistir en que esto lo digo no solamente con el mayor de los respetos, sino también sin quitar ni un ápice de valor a la religión como opción para afrontar el curso general de la vida. Simplemente digo que hay otras opciones, que todas ellas tienen cabida en la Semana Santa de Vivero, y que este haber de todos me parece esencialmente bueno.

Y, permítanme que insista, si me parece bueno es porque, a mi entender, la Semana Santa de Vivero no es tanto una expresión de religiosidad como una expresión colectiva de la identidad de este pueblo. En el pasado, la religión jugaba un papel fundamental en la vida de la mayoría de las personas, hasta el punto de que la vida fuera de ella era entendida como una especie de marginación. En este contexto, la expresión colectiva del pueblo de Vivero tenía naturalmente un componente de devoción muy fuerte.

Sin embargo, en la actualidad hay una mayor diversidad de formas de vivir la religión, desde quienes se mantienen en las ortodoxias hasta



FOTOGRAFÍA: JOSÉ LUIS MOAR RIVERA

quienes están simplemente al margen de ella. Y esto también ocurre en Vivero, donde conviven en armonía devotos de varias religiones y agnósticos. La puesta en escena de la Semana Santa de Vivero mantiene, por tradición, un lenguaje religioso y católico. Y así, todas sus imágenes, tanto las antiguas como las modernas, recrean pasajes relevantes de esta religión. Pero lo que la Semana Santa tiene de expresión colectiva de la identidad del pueblo hace que sean todos sus habitantes, y no sólo los católicos, los que participan en la tarea de sacar esas imágenes en procesión. Por eso es muy normal encontrarse con el hecho de que muchos costaleros sean agnósticos. Ello no debe entenderse como degradación de religiosidad, que eso es harina de otro costal, sino como expresión de armonía entre las diferentes gentes que conviven en Vivero. Y es precisamente por entender esa armonía, por lo que digo que tal hecho me parece fundamentalmente bueno.

Hablando de gentes diferentes que conviven en armonía, es oportuno recordar que entre los naufragos mencionados antes había gente de aquí, pero también había mucha gente de otros lugares y de otras culturas, que convivían en armonía con nosotros. La armonía entre gentes diferentes es siempre reflejo de tolerancia en el pueblo llano. La armonía entre creyentes y agnósticos a la hora de llevar las andas de la Semana Santa; la armonía entre marineros locales y extranjeros a la hora de largar las artes a la mar; la armonía entre quienes hemos nacido en Vivero y quienes se han venido a vivir a él, son manifestaciones de la tolerancia que practica el pueblo llano de Vivero.

Y para muestra un botón: tanto el Alcalde como el Presidente de la Junta de Cofradías, quienes presiden este acto, son de los nacidos en otros lugares que se han venido a vivir aquí. Como también lo son mis padres. Y yo, que si soy nacido aquí, estoy profundamente orgulloso de que estas cosas ocurran en mi pueblo.

Creo que ya va siendo hora de ir poniendo el punto final a este pregón, y lo haré con una anécdota ocurrida el año pasado. Resulta que la cofradía do Cristo dos de Fora organizó una asamblea general a la que siguió una opípara cena en un restaurante del

pueblo. En mi calidad de cofrade, tuve mucho gusto en asistir a esa cena. Como saben ustedes, la cofradía do Cristo dos de Fora fue fundada con la idea de integrar a los hijos de Vivero que, normalmente por razones laborales, nos hemos marchado a vivir a otros lugares. Así que me extraño ver que entre mis compañeros de mesa había bastantes de quienes yo no tenía noticia de que hubiesen emigrado del pueblo. Así que la curiosidad me llevó a preguntar al que se sentaba a mi lado: "Y tú, ¿a qué sitio te has marchado a trabajar?". Y el me contestó: "A ninguno. Yo sigo, como siempre, en Vivero. Pero estoy en la cena porque soy miembro de todas las cofradías que hay en el pueblo". Y fueron estos compañeros de cena, a la vez cofrades de Fora y residentes en el pueblo, y la sencilla explicación del que estaba a mi lado quienes me hicieron ver que Pénjamo se había fundido con la calle de abajo y que los ritos actuales de la Semana Santa de Vivero son sobre todo una forma de participación colectiva en las prendas particulares que identifican a este pueblo.

Dice el Diccionario que pregón es un "discurso elogioso en que se anuncia al público la celebración de una festividad y se le incita a participar en ella". Pues bien, no se me ocurre nada mejor que el ejemplo de esos compañeros de cena para animar a todos ustedes a participar en la Semana Santa de Vivero, y dar por concluido este pregón. Muchas gracias por su atención ❖







# De ayer a hoy

**César Michelena Rivera**

Es realmente difícil llegar en los inicios de los años 70 del pasado siglo a imaginar lo que la Semana Santa Viveirense es en la actualidad. Remontándose solo unos treinta o treinta y pocos años observamos mejoras que se antojaban poco menos que utopías.

La Semana Santa vivariense se basa en dos tipos de procesiones, 1) las de origen en las ordenes mendicantes establecidas en el pueblo en la baja edad media, los Dominicos y Franciscanos que fomentarían las manifestaciones religiosas fuera de las Iglesias como medio de instruir a unas gentes mayoritariamente analfabetas. El Barroco significaría un nuevo impulso pues la contrarreforma basándose en el Concilio de Trento busca el enseñar a base de la sucesión de imágenes. Dentro de las Iglesias con los retablos y sus registros que enmarcan escenas de lo que pretenden enseñar, en el exterior las procesiones con el desfile de imágenes por las calles, era como sacar los retablos al mundo exterior. Estas procesiones tradicionales tienen una esencia docente, o sea, pretenden enseñar no deslumbrar. 2) Las que se ven fomentadas por las Cofradías creadas en los años cuarenta y posteriores en Viveiro, ya no buscan enseñar sino sacar a la calle unos pasos que cuanto más vistosos sean mejor, tanto la iluminación, las bandas de tambores y demás elementos componentes están pensados para deslumbrar al espectador.

Introducir novedades en las procesiones tradicionales sería una aberración, hacerlo en las más modernas puede ser hasta conveniente, se debe saber diferenciar entre ambos tipos de desfiles.

Pero volviendo al tema de la Semana Santa hace tres décadas en Viveiro, echaré mano de mis recuerdos.

El Domingo de Ramos los desfiles de Semana Santa comenzaban con la procesión de la Borriquita

que era rodeada por múltiples niños con ramos y niñas con palmas, no hay diferencias significativas con lo que hoy es esa procesión, una algarabía de infantes acompañando la representación de la entrada de Jesús en Jerusalén. Por la tarde salía la procesión del Cristo de los franceses, que era acompañada por fieles portando velas. Actualmente, el Cristo de los franceses va precedido de cofrades con hachones y es seguido por "o sentado" Cristo de la coronación de espinas y una Virgen de la Soledad.

El Lunes Santo no existía ninguna celebración fuera de las Iglesias en Viveiro. Actualmente, el Lunes hay una tamborrada, donde las múltiples bandas de las Cofradías junto con la banda Naval del Casino inundan los oídos de los viveirenses y visitantes de ritmos de tambores.

El Martes Santo tampoco tenían lugar celebraciones en la calle, el Vía Crucis femenino se ubicaba en la Iglesia de San Francisco sin desfile por el exterior. Actualmente, la Cofradía de la Santa Cruz recuperó el desfile, no ya con una cruz desnuda como comentan era anteriormente, sino con el Cristo de la Vera Cruz portado por mujeres.

El Miércoles Santo tenía lugar el Vía Crucis de hombres con los acompañantes del Cristo de la Agonía cantando las típicas canciones con sus estaciones, pero el Vía Crucis de hombres retornaba a San Francisco por la travesía, hoy lo hace por la calle de abajo, así pues el itinerario es lo único que varió, evidentemente el tráfico rodado no es el mismo.

El Jueves Santo ya era uno de los días grandes, la gente estrenaba traje. Luego de los oficios religiosos, a media tarde, comenzaban a llenarse los claustros de San Francisco de personas para llevar los pasos de la procesión de la Última Cena, normalmente faltaban llevadores y eso que no todos portaban